

Enseñanza de la técnica o para la técnica

Alfredo D. Vallota

Sin duda que uno de los problemas de mayor envergadura que debe enfrentar la sociedad occidental contemporánea es el de la educación y, en particular, la enseñanza de la técnica. Y el problema se agrava porque respecto de la técnica tenemos posiciones ambiguas: tanto la amamos como la tenemos, tanto la alabamos como la despreciamos. Por ello es necesario hacer algunas aclaraciones.

La técnica

Comenzaremos por lo que hemos de entender por técnica, palabra que normalmente se asocia con máquinas, utensilios y herramientas principalmente mecánicas. Creo que en esto el público tiene una apreciación, si no errada, por lo menos reducida e inadecuada. Desde los clásicos griegos hasta Ortega y Gasset o Heidegger la técnica nunca se redujo a las artes mecánicas con las que la mayoría la asocia, que no son sino una parte del hacer del hombre, que es como hemos de entender la noción de técnica en su sentido más amplio, como bien lo dice Platón en *El Banquete*. Todo lo que hace el hombre es técnico, en tanto esa acción se traduce en modificación de la naturaleza y del ser de las cosas.

El fin natural de la mandarina es portar las semillas del mandarnero para su reproducción y nada hay en la mandarina que establezca que su fin sea satisfacer nuestro apetito. De hecho, el que la sembremos y sea alimento para nosotros introduce en la mandarina un nuevo ser, el de ser alimento, y esto es el resultado de una intervención del hombre, de una alteración del curso natural tal como sucedía hasta que el hombre decidió comerla. Éstas y todas las otras intervenciones del hombre en la naturaleza han sido interpretadas de diversas maneras: según Ortega, tienen como meta no sólo solventar nuestras necesidades sino ir más allá y eliminarlas. La necesidad es la de calentarnos, pero hacer fuego tiene como objetivo eliminar la necesidad de calentarnos. Según Heidegger, la técnica es un modo de develar la verdad, el más importante en estos tiempos al punto que la esencia de la técnica coincide con la esencia de la metafísica contemporánea; según Mayz, es expresión de nuestra voluntad de poder, la materialización de nuestra pretensión de poder más de lo que naturalmente podemos.

A esto debemos agregar que por técnica no sólo se entienda el hacer, sino el conjunto de normas y procedimientos que conviene seguir para hacer, como cuando hablamos de técnicas de navegación, técnicas de actuación, técnica de construcción de barcos o técnica para hacer una tesis. También para Aristóteles la técnica era un modo de descubrir la verdad que exige la actividad racional —capaz de alcanzar el concepto universal— para elaborar esas normas generales y en ello radica su superioridad sobre la mera experiencia. De forma que enseñar la técnica consiste, principalmente, en la transmisión de estas normas que han desarrollado las generaciones que nos antecedieron a las generaciones que nos siguen. Pero qué técnica queremos enseñar y para qué hacerlo no son

preguntas técnicas que se puedan responder aplicando una serie de procedimientos pautados para alcanzar un resultado.

Para la mayoría de sus actividades el hombre ha establecido cánones y métodos que seguir, sea para fabricar un carro, ofrecer un sacrificio a los dioses, hacer llover mediante una danza, arar la tierra, escribir un discurso o sacar la cédula. En ninguno de estos casos la conducta es más o menos técnica, todas son igualmente técnicas, salvo que persiguen objetivos diferentes. La técnica es el resultado de un hacer del hombre que incluye artefactos mecánicos, pero también de otros numerosos resultados de su actividad que van desde formas de intercambio comercial, el mercado, hasta estructuras de manejo de la cosa pública, el Estado, pasando por la construcción de centrales nucleares y televisores. El mercado, el lenguaje, el Estado, las armas, la aspirina y el teléfono celular son todos artefactos o constructos técnicos, es decir, modificaciones de la naturaleza realizadas por el hombre para sobrevivir y vivir mejor. Nada hay menos natural y más técnico que un faquir haciendo ayuno voluntario, que un hombre reduciendo su ingesta a sólo una clase de alimentos haciéndose vegetariano, que la elección voluntaria de un grupo para que desde la estructura del Estado nos obligue a todos a cumplir sus deseos o decidir distribuir los bienes en función de oferta y demanda y no según las necesidades.

Decíamos que respecto de los productos técnicos la actitud es ambivalente. Pero también hay sobre este aspecto gran confusión, no sólo en cuanto a las diferentes opiniones sobre un mismo producto técnico como en cuanto a lo que se considera técnico. Técnica es la aspirina y la alabamos, las armas son técnicas y las objetamos. Pero sucede que en otros casos desconocemos su naturaleza técnica, como ocurre con el Estado, y no falta quienes estiman como naturales lo que no es sino un producto técnico, como es el caso del Mercado. Cualquier discusión respecto de la técnica y su educación, requiere necesariamente que tengamos claro a qué nos referimos. En estas páginas me refiero a la técnica en ese sentido amplio que siempre ha tenido.

Mundo técnico y educación

De manera que lo primero a tener presente es que el hombre habita en un mundo técnico. Probablemente lo hace desde por lo menos 10.000 años atrás, cuando le quedó claro el entorno que había construido en su afán de sobrevivir para que se interpusiera entre él y la naturaleza, para la cual se encontraba muy poco dotado. A partir de esa decisión, empujando nuestras limitaciones y tratando de poder más de lo que naturalmente podemos, el hombre se construyó un mundo propio en el que habita, fuera de la naturaleza.

De manera que la técnica es resultado de una decisión que tomamos, sobrevivir en un mundo que nos es hostil. Porque queremos sobrevivir y gracias a que disponemos de una capacidad intelectual que otros animales no han logrado somos capaces de construir una segunda naturaleza, una sobre-naturaleza, gracias a la cual no sólo hemos podido sostenernos sino, además, expandirnos e incluso darnos el lujo de pretender vivir bien. Y cabe señalar que, en el proceso, también nos hemos modificado nosotros mismos como resultado de la interacción con el resultado de nuestro propio hacer. La medida y el alcance de esta modificación los veremos más adelante.

Precisamente para eso necesitamos educarnos, aprender a hablar y pensar, adquirir conocimientos, nutrirnos de las capacidades, los contenidos y las exigencias de ese mundo artificial que hemos fabricado técnicamente. Debemos educarnos para vivir en la sociedad, para hacer y usar herramientas, casas, medios de transporte, cultivar, criar animales, desenvolvemos en nuestras instituciones, aprender los medios para comunicarnos, ciertas conductas sociales, ciertas normas que facilitan la transmisión de conocimientos e

infinidad de otras cosas más. Para este mundo técnico no contamos con destrezas naturales, que son muy escasas, y hemos de aprender de los adultos en un grado con el que ningún animal puede compararse.

Es muy poco lo que un ternero tiene que aprender de sus adultos para ser un buen toro, comparado con lo que tiene que aprender un hombre para ser cirujano, físico nuclear o un buen arquitecto. Pocos animales gastan más de un quinto de su vida en llegar a adultos, mientras que un buen profesional humano emplea más del 50% en alcanzar un nivel aceptable de desempeño. Esto es consecuencia de que debe aprender a desenvolverse en un mundo que no es natural y para el cual ha de prepararse, a pesar de haber sido su hechura. Sin contar con que, gracias al desarrollo técnico, además de gastar ese tiempo en prepararse, también se le suma que puede y tiene que elegir qué hacer de su vida. Mientras que el gato, librado a sí mismo, llega a ser gato y sólo puede ser gato y cazar ratones, el hombre, gracias a que la técnica le permitió librarse de las necesidades naturales, se quedó sin nada que hacer, le quedó una vacancia respecto de su ser natural. A diferencia de los animales, que cuando no tienen nada que hacer, no hacen nada, el hombre ocupó ese tiempo libre en hacer-se, en transformar su ser natural de animal en hombre. Como decía Ortega, gracias a la técnica el hombre no sólo tiene que ganarse económicamente la vida sino que también tiene que ganársela metafísicamente.

Así presentada, creo que es evidente la importancia que en la sociedad humana tiene la enseñanza. Si no fuéramos técnicos, el problema sería sin duda mucho menor, como sucede entre los monos que no tienen educación primaria, secundaria, universitaria, posgrado, especialización, pero a los que basta su madre para enseñar al joven experiencia práctica y llegar a ser reconocido como un buscador de hormigas con palito o un eficiente trepador de árboles. Muy diferente es el caso de hombre.

Por otra parte, las apremios naturales son fijos, numerables, establecidos, y los leones desde hace miles y miles de años persiguen a las cebras casi de la misma manera y realizan las mismas acciones. Pero las urgencias que surgen de habitar en un mundo técnico se renuevan, cambian, son ilimitadas en su naturaleza y carácter, por lo que no hay manera de darles nunca plena satisfacción, al tiempo que generan preguntas sobre qué enseñar y para qué hacerlo, así como elegir qué aprender y para qué. Enseñar y aprender involucra elegir el hombre que queremos ser, y hacerlo depende de la técnica que hemos de comunicar.

Enseñanza de la técnica

La técnica es eminentemente temporal, como lo es el hombre. La técnica no es asunto de dioses, eternos, incambiables, inmutables, absolutos, sino que es asunto humano, que evoluciona y muta, resultado de un intercambio entre el hacedor, el hombre y la hechura, una relación que se retroalimenta constantemente y mutuamente se influyen. Surgen necesidades que la técnica ayuda a eliminar y a su vez la técnica hace aparecer nuevas necesidades, que no son naturales, pero no por ello menos urgentes. Como decía Ortega, el hombre es el único animal a quien lo superfluo se le torna necesario. Baste pensar como ejemplo en lo que representa para nuestra existencia un corte de luz general de una semana.

Tenemos así reunidos dos aspectos que deben ser considerados. Por un lado, nuestra educación resulta de la técnica, es un proceso técnico y en ella se deben enseñar principalmente técnicas. La educación ha de dotar a los miembros del colectivo de lo necesario para sobrevivir en el mundo que él mismo ha construido. Sea que la técnica la estudien los ingenieros para construir máquinas, sea que la estudien los poetas para deleitarnos con

sus versos, sea que la estudien los abogados para manejar el Estado, sea que la estudie un aspirante a fundirse en unidad con el cosmos, todos hemos de aprender alguna técnica.

En este punto se plantea uno de los más serios problemas de cualquier sociedad y de la educación. En el mundo coexisten técnicas que persiguen diversos objetivos y cada colectivo debe elegir cuál ha de ser la que enseñe a sus jóvenes para, como individuos y como grupo, no sólo estar en el mundo sino bien-estar en el mundo tal como lo entienda e interprete. Sin duda que es una de las más serias decisiones que han de tomarse porque, si no, en el mejor de los casos otros la tomarán por ellos y, en el peor, el colectivo corre el riesgo de desaparecer. Pero la técnica es temporal, cambia, evoluciona, con gran rapidez en nuestro tiempo, por lo que se presenta el problema agregado de que los jóvenes a los que estamos enseñando han de ingresar en el mundo de la vida como adultos dentro de unos cuantos años, de forma que no sólo hay que atender al presente sino también al futuro. En esto se resumen dos problemas importantes de la enseñanza de la técnica: la pertinencia y la calidad.

Por supuesto que la educación ha de ser de calidad, optimizando los objetivos y los medios para alcanzarlos, para lograr un adulto que domine las acciones y el pensamiento de los temas que trata mediante programas adecuados y eficiente progresión. Pero no basta la calidad, puesto que de poco sirve una excelente calidad en la enseñanza de la fabricación de cuchillos de piedra para sacrificios humanos, lo que sin duda era muy útil entre los hombres de la Edad de Piedra. Es necesario que la técnica que se imparta sea pertinente para lo que con ella se persigue, ajustada a los objetivos y metas individuales y colectivos, a los tiempos, a las necesidades presentes y futuras que se esperan puedan presentarse. Es aquí donde se inserta el segundo aspecto de la enseñanza de la técnica: la meta, el para qué. Sin una finalidad, sin un proyecto, sin una meta buscada, a los individuos se les hace difícil sobrevivir exitosamente pero, peor aún, el conjunto en el que el individuo está inmerso se debilita y dispersa.

Una educación que no enfrente la exigencia técnica y científica, y no aspire a la excelencia que la complejidad del mundo técnico demanda, no puede ser considerada con respeto y no es sino un parapeto educativo, un negocio, un recurso de propaganda. Pero una educación que no tenga clara la pertinencia de lo que estudia y enseña es un anacronismo que sólo puede traer pesares a la colectividad a la que supuestamente sirve. La deficiente calidad e inadecuación de los saberes, el anacronismo de sus bases sustentadoras, el desprecio por las exigencias de la cotidianidad y del futuro sólo pueden traducirse en malas decisiones, en errores que la historia no perdona. Mucho de esto nos pasa a nosotros porque las decisiones que nos han traído a la triste situación por la que atravesamos son fundamentalmente consecuencia de desatender a la pertinencia y calidad de nuestra educación.

Educar para qué

Creo que este último aspecto es el más preocupante, al menos entre nosotros. Digo esto porque al estar en manos del Estado la parte cuantitativamente importante de la educación, que es un artefacto técnico, enseñar debería tener como requisito un acuerdo entre los sujetos de esa enseñanza que no puede ni debe estar en manos exclusivamente del instrumento. Entre esos acuerdos, que no se resuelven técnicamente, se incluyen una concepción del hombre, delinear el tipo de hombre que pretende formarse, una idea del colectivo que aspiramos conformar y los valores que ha de sustentar en un modelo de sociedad que queremos constituir. Dependiendo de estos acuerdos se puede establecer qué queremos enseñar, las modalidades de la técnica que hemos de acentuar

y el modo de hacerlo. Y decía que este aspecto es preocupante porque se han dado ninguna de estas discusiones ni acuerdos, por lo que realmente no sabemos para qué estamos educando y —en asunto tan importante, lo mismo que en tantos otros— mantenemos en alto ese a *medida que va viniendo, vamos viendo*. Es como si hubiéramos optado porque sea el carro el que decida donde ha de llevarnos. Como los educados en esta modalidad han de constituir la sociedad activa del futuro, pareciera que nos aseguramos de que esta modalidad se consolide.

Pero este acuerdo no puede ser impuesto por un poder circunstancial, ni resultado de una coyuntura favorable a ciertos grupos, sino que tiene que resultar de una amplia discusión, concientización, diálogo de todos los miembros del colectivo. De otra forma, por más que se niegue, la educación pasa a moverse al vaivén de intereses variables, coyunturales, transitorios, cuando no ajenos al colectivo. Sin una concepción de mundo, sin una concepción de hombre compartida, concertada, el futuro parece quedar exclusivamente en manos de los artefactos técnicos, sea el mercado, el Estado o los recursos económicos. Como de esta forma los artefactos técnicos se consolidan y acrecientan su importancia, terminamos enseñando para la técnica.

Porque si éste es el caso, los intereses más inmediatos a los que a la larga responde la educación es a la técnica misma, que entonces se nos presenta como dominándonos en nuestro hacer y pensar. Se enseñan técnicas que tienen por meta la técnica, enseñamos la técnica para la técnica, ingresando en la actitud que Buber llamo «*el retraso del hombre ante sus obras*». Fabricamos el carro para que contribuya a alcanzar nuestros objetivos y ahora somos esclavos de las exigencias del carro; instituímos al Estado para que solucione nuestros problemas sociales pero somos esclavos del Estado; organizamos el Mercado como un modo de distribución de los bienes y ahora pasamos penurias por culpa del Mercado. Y es así como nos encontramos que se enseña para el mercado, para el Estado, para las máquinas —con las que hemos de entablar un diálogo constructor de futuro— que, en lugar de ser técnicas que nos ayuden a vivir y vivir bien, se transforman en nuestros verdaderos amos.

Esta perspectiva se agrava cuando la educación se orienta principalmente a una vanagloriada practicidad, transmitiendo contenidos y técnicas que supuestamente gozan de actualidad, vigencia, eficacia, utilidad para intereses transitorios y circunstanciales, sean económicos, ideológicos, políticos o de cualquier otra índole, como si esas técnicas fueran atemporales, inmutables, eternas. Sucede que lo que hoy se considera vigente, y la urgencia de negocios o intereses considera útiles, en poco tiempo puede perder toda actualidad, con lo que tanto los educandos como la sociedad toda realizan un esfuerzo que de ninguna manera puede satisfacer las expectativas a mediano y largo plazo. Basta pensar en los esfuerzos volcados en nuestro medio, hasta hace muy poco tiempo, en el estudio de las técnicas marxistas de resolución de problemas sociales, o los estudios de economías keynesianas que hoy han perdido mucho de su aplicación práctica. Esto es resultado de ese enseñar para la técnica que nos ha dominado por nuestra incapacidad de conformarnos autónomamente y nos hace caminar detrás de nuestras obras. Como lo que hacemos es insistir en lo que sabemos, por desactualizado o inadecuado que esté para los tiempos, el problema se agrava cada día.

Pero en esto no debemos olvidar a la comunidad misma, una sociedad que siempre ha estado tecnificada pero que hoy carece de rumbo y no sabe en qué orientación ha de tecnificarse. En especial cuando, con esa pérdida de perspectiva que nos caracteriza y que Luis Herrera definió como «un meneío para aquí y otro para allá», queremos ser todo y no somos nada, queremos estar bien con Dios y con el Diablo, con las raíces indígenas y con la más elaborada industria espacial, con la filosofía occidental y los babalaos afrocaribeños, para terminar definiéndonos como multiétnicos cuando somos mestizos. Puede

que toda esta confusión sirva circunstancialmente a intereses particulares que así aprovechan este caos para sacar su propio provecho, pero a larga a nada nos conduce.

Esto lo puede constatar cualquiera que intente llevar adelante un proyecto y haya podido apreciar la enorme y diversa cantidad de perspectivas, cada una con su cuota de poder, que hacen casi imposible operar de manera colectiva con alguna eficacia, a menos que se logre corromper a los funcionarios que tienen las llaves de las puertas. Es de tener claro que cualquiera que sea la decisión respecto de los temas vistos debe haber una, porque no tomar ninguna es también tomarla a favor de educar para la técnica que nos domina y, si tiene quien la domine, no somos nosotros.

Por esto la tarea educativa requiere hoy no solamente el aprendizaje de normas y reglamentos operativos para realizar tal o cual tarea, sea la fabricación y el mantenimiento de máquinas, el moverse entre los vericuetos del derecho o la curación de un enfermo, sino que exige que también eduquemos en el fundamento. No basta plenar los programas de estudio con la enseñanza de conocimientos circunstanciales y fortuitos, de validez pasajera y corta dada la velocidad con que suceden los cambios, sino que se hace imprescindible la adquisición de las bases y los cimientos que permitan pensar de manera autónoma, para poder superar en lo individual la pérdida de vigencia de la educación recibida cuando las nuevas técnicas arriben y reemplacen las anteriores, algo que en nuestro tiempo sucede con rapidez vertiginosa. De otra manera, podemos llegar a estimar que es un adelanto educativo enseñar a los indígenas a disparar cerbatanas con un documental de Discovery Channel.

Modelo de hombre

Hemos mencionado que la enseñanza de la técnica que no sea para la técnica requiere que tengamos claro, entre otras cosas, el modelo de hombre que somos y que queremos ser. Rápidamente revisemos algunas concepciones del hombre, de las que fácilmente se puede concluir que difieren en las técnicas que las hacen posibles. Comencemos por una que estimo de rigurosa actualidad. Frente a las urgencias contemporáneas hemos de aspirar a ser hombres completos, variados, cultivados en mente y cuerpo, en una concepción no muy lejana a la que tuvieron los griegos. En ellos, tal aspiración pudo concretarse gracias a la explotación de los esclavos, que ni siquiera eran considerados seres humanos. Hoy también podemos hacerlo pero gracias a la presencia de nuestros siervos, ayudantes, asistentes contemporáneos: los productos de la técnica que, además, permiten que tal pretensión pueda extenderse a grandes números de gentes y no solamente a una pequeña élite, como en los griegos.

Pero hemos de aclarar que ésta no es la única propuesta y, por el contrario, hay numerosas y de lo más variadas, de mayor peso histórico, cultural o religioso, que inciden y brindan multiplicidad de opciones que elegir. Así, Platón difiere de esta posición y en La República señala que en una sociedad ideal cada individuo ha de cumplir una única función, aquella para la que está mejor dotado, rechazando en consecuencia toda movilidad, diversidad y variedad.

Por otro lado, ciertas concepciones religiosas hacen de la existencia un permanente camino de obediencia y sacrificio destinado a someterse a un destino inexorable, fijando también de esta forma un objetivo único al que la existencia ha de someterse.

Otra concepción del hombre, que se denomina mística, sostiene que la vida del hombre está destinada a beneficiar a alguna entidad que lo trasciende, como alguna divinidad, la unión con el Cosmos, o a someternos a la Madre Naturaleza. Hoy, cuando muchos reclaman con insistencia alguna forma de retorno a la Madre Naturaleza, cabe

observar que la naturaleza parece operar con el principio de que cada especie debe saber lo estrictamente necesario para su supervivencia y así lo podemos observar en la vida de animales y plantas. Precisamente, gracias a la técnica, sólo la especie humana se aparta de este principio para pretender saberlo todo, llegar a ser conscientes de todas las razones y así poder elegir las propias acciones autónomamente, liberándose de esa madre opresora.

A su vez hay quienes proponen, como Stirner en *El único y su propiedad*, que no hay para cada hombre vida más feliz que la que está viviendo, cualquiera que sea, valorando por encima de todo su individualidad, sin necesidad de convertirse en nada más que lo que ya es. Claro que si se es rico y ocioso, mejor, pero esto no es *indispensable* para su bienestar, ni tampoco lo es el triunfo de ningún proyecto colectivo ni la concreción de algún modelo de vida feliz. Para alcanzar la felicidad nos basta tomar conciencia de lo que Stirner llama «*la conciencia del egoísmo*» para no preocuparse por fijarse metas ni por promover ninguna acción en los otros ni modificación alguna en una alteridad que nos es totalmente ajena.

Se trata de no afligirse hoy por lo que ha de suceder mañana para evitar ser poseído por alguna idea que nos obligue a hacer algo y cualquier atadura a un plan, a un proyecto, al progreso, es una enajenación del yo verdadero. Algo similar a lo que el Taoísmo y el Budismo llaman «*desapego*», es decir, desinterés respecto de toda exterioridad, absoluta conformidad con lo que cada uno ya es, que no debemos confundir con simple egoísmo.

Entre estas posiciones hay una variada gama de alternativas, más o menos subalternas, que divergen en cuanto al objetivo que señalan como meta para el hombre y mencionamos: sacrificar los objetivos individuales a la grandeza de un pueblo, de una cultura, de una empresa, el insensato «*patria o muerte*» de los movimientos guerrilleros; «*pasar hambre y andar desnudo por la revolución*»; el primitivo predominio de las relaciones consanguíneas que persigue exclusivamente el bienestar de la familia o del grupo de parentesco; la más elaborada fidelidad que se exige a un partido político; o el sometimiento a la voluntad de un líder carismático, político o religioso.

Como apreciamos, las opciones son muchas y cada una de ellas requiere desarrollar y enseñar técnicas que permitan alcanzarlas. En lo personal, estimo que el objetivo del hombre es el incremento de la variedad y riqueza cultural y física de cada persona, con un mínimo de trabajo rutinario y obligatorio para poder volcarse a tareas creativas, aumentando en cada momento la libertad de cada uno en la construcción autónoma de la vida en el seno de un colectivo que la haga posible, como vía para la felicidad y la virtud. Y para alcanzar esta meta, la enseñanza de la técnica no debe orientarse a la técnica misma sino al hombre con la técnica. En estos tiempos, en los que la técnica ha alcanzado un nivel de desarrollo que permite hasta modificar su propia configuración somato-psíquica, pensar en un hombre natural es anacrónico, como dijera García Bacca. Hemos de pensar en una conjunción hombre-técnica que nos permita construir un mundo que se avizora como radicalmente diferente al que actualmente vivimos.

Futuro hombre-técnica

Ese futuro implica un cambio tanto o más revolucionario que el que se produjo en la Modernidad cuando el sujeto pasó a ser la única sustancia desde la cual se determinaba el ser de la alteridad en función de sus categorías, expectativas y deseos, o del posterior reemplazo de la noción de sustancia por el de función, expresión del paradigma de sistema y totalidad funcional vigente en la mentalidad técnica de finales del siglo XX. Vivimos tiempos de cambios de fundamento que pueden afectar las bases no éticas de la racionalidad humana y sus principios, nociones y conceptos con que concebimos la natura-

leza humana. Estos cambios son el resultado del gran salto que en el último medio siglo ha tenido como protagonista a la tecno-ciencia y, en el caso que nos interesa, especialmente los avances de la tecno-comunicación. Porque en última instancia educar es comunicar.

Uno de los efectos de los avances tecno-comunicacionales es la transformación de los límites espacio-temporales que enmarcan nuestras experiencias, posibilitando la simultaneidad, instantaneidad y co-presencia de los mensajes a lo largo y ancho de todo el planeta, lo que conocemos como «*globalización*» de la información. Pero la globalización de la información no sólo implica traer a la presencia una misma realidad sino también construir esa realidad, porque gracias a la disponibilidad técnica que aporta multiplicidad de perspectivas es posible conformar una trans-realidad que supera nuestras propias capacidades porque no tiene los límites epistemológicos y ontológicos derivados de la naturaleza congénita de cada sujeto. Gracias a los recursos técnicos ya no estamos en presencia de un universo sino de un multi-verso, porque somos capaces de organizar, ordenar, sintetizar la alteridad de numerosas maneras, cada una de ellas distinta porque puede estar mediada por diversos artilugios técnicos, pero ninguna de ellas predominante, como ha sido hasta ahora la determinada, por ejemplo, por la dominación que en nuestra inteligibilización de lo otro y de nosotros mismos tienen nuestros órganos visuales.

Esto impone sobre la educación una pesada carga, ya que no podemos limitarnos a entregar a los educandos caudales de información que hasta pudieran tener un efecto desintegrador y obnubilante. Se trata de enseñarles a pensar en términos de una racionalidad que, como resultado de la técnica, es cambiante, de valores horizontales, sin jerarquías, que exige en la formación una diversidad a la que hemos hecho referencia como condición para aprehender la novedad que la nueva situación requiere. Estamos en tiempos en que no basta la captación de un *arje* desde donde se determina la totalidad de la verdad, sino que estamos en tiempos en los que hemos de dominar las sintaxis y las semánticas de las múltiples perspectivas que los logros técnicos exigen al hombre contemporáneo.

Los logros técnicos han permitido que el hombre —en su relación con la alteridad— supere los límites que le impone su ingénita condición somato-psíquica y pueda contar con las herramientas para relacionarse con maneras nuevas, no sólo nuevas en los medios de relacionarnos con lo otro sino nuevo en tanto que nuevo puede ser nuestro propio sustrato, configuración física y capacidades psíquicas de las que podremos disponer, o disponemos ya.

Sin duda que hemos de enseñar la técnica, pero no para ella porque el hombre se enfrenta a posibilidades insospechadas de cambio a las que debe enfrentarse, resultado de su propio hacer y que avizoran un futuro de insospechadas posibilidades, y digo insospechadas por la radical novedad que involucran. Si estamos en el Nuevo Mundo, como se declara, ésta debería ser la principal preocupación de nuestra educación y de nuestra sociedad. De no hacerlo, como parece que no lo hacemos, podríamos pasar a ser una oportunidad más de felicidad perdida para los hombres.

Este trabajo fue presentado como ponencia en las Terceras Jornadas de Educación en Valores: Propuestas para el cambio educativo, realizadas entre el 8 y el 11 de Junio de 2004 en la Universidad Católica Andrés Bello (UCAB), con participantes de México, Brasil, Colombia y Venezuela, organizada por la Facultad de Humanidades y Educación de la UCAB, el Colegio San Agustín y la fundación Konrad Adenauer.